



JOSÉ PABLO FEINMANN

La vigencia
de un libro
esencial

Página 3



CONTRATAPA

Ojotas de
Kyoto, ojotas
de Rangún

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 216 | JUEVES 21 DE ENERO DE 2016



Volvete como puedas
de Gabriel Sánchez Sorondo

Archivo Histórico de Periodicos Argentinas | www.ahira.com.ar

La nouvelle *Las amigas*, el relato breve *Milton* y la novela *Prisión Brock* fueron sus últimas novedades publicadas por la Editorial Municipal de Rosario. Reconocida con un premio nacional en 2014, el sello rosarino dependiente de la Secretaría de Cultura y Educación publica la nouvelle *Las amigas*, de Tania Scaglione (1979), licenciada en Filología Hispánica por la Universidad Complutense

de Madrid y autora de la trilogía de textos dramáticos *Te contengo con ternura*, *Químico* y *Lesca Humanizada*, también llevados al teatro bajo su dirección. En *Las amigas*, Scaglione se pone en la piel de una noche de sábado en una novela veloz, aunque intensa. Una madre postzada en su cama, mientras sus hijas mellizas, Sofía y Mercedes recorren las calles rosarinas.



Gabriel Sánchez Sorondo argentino y porteño hasta la médula



➔ JUAN PABLO BERTAZZA

De un tiempo a esta parte —y de manera cada vez más evidente— publicar libros de poesía se ha vuelto una cuestión de fe más que un asunto literario.

La escasez de lectores, las dificultades para financiar una edición, la falta de interés de la crítica y, a pesar de todo eso, la paradójica proliferación de libros y nuevas voces poéticas hace que cada volumen nazca con escasas probabilidades de supervivencia.

Sin embargo, al mismo tiempo, esa situación quizás provoque que los libros de poesía exacerben aun más la ya de por sí extrañas condiciones del género que, tal como sabía decir Guillermo Boido, “no se vende porque no se vende”.

Dicho en otras palabras: la gran diferencia con la narrativa es que, más que de descubrir un mundo, la poesía se ocupa de crearlo.

Insistente y creyente —al menos en el sentido poético— Gabriel Sánchez Sorondo nació en Buenos Aires en 1965, obtuvo varios premios y menciones nacionales e internacionales y además es músico y periodista —acaba de publicar *Válvete como puedas*. Así las cosas, reinicie luego de probar suerte antes con *Buenos Aires sacado* (2005), *Corre sobre correas* (2006), *El tambor de Wajits* (2007), *La resaca* (2011) y *Las condenadas al éxodo* (2012).

Méjete como puedas —título que hace referencia a la obra de Plutarco— más que relatan una escena de la infancia— desarrolla una extensa



“
Por vocación de pérdida y derrota/ a los desangrados, alcohólicos, vacilantes,/ a los que ocultaban, de chicos, una vergüenza honda.”

gama de tópicos en un interesante cruce entre tradición y contemporaneidad, entre pasado y aquí y ahora: el amor y el desamor, la conciencia de la muerte del otro (“Cuando besé su frente fría como el mármol”) pero también las sensaciones a partir de la muerte física de algunos personajes (“Leopoldo Fortunato es un recuerdo”), la violencia depresiva de las fiestas de fin de año (“La navidad encarnizada”) y hasta la televisión (que aparece en poemas como “Me llamé una noche”, donde descubre la chica a la que alguna vez le dijo que no en un programa con panelistas y, sobre todo, en esa artera crítica al mundo de Tinelli que es “Y nose olviden nunca”) y

cos de Sorondo que, a nivel formal, tienen que ver, por ejemplo, con un original y sentido del ritmo y la supresión de algunos artículos antes de los sustantivos (“guardián le saca la capucha”). Y, a nivel contenido, con extrañas recurrencias como la de un personaje parental y misterioso llamado Doc (“Doc se reclina en su sillón y dice/ que en realidad/ para el prójimo/ uno es lo mismo que una vaca/ mirando el tren que pasa: ni ella ni nosotros/ sabemos quién es quién”) y la de una palabra —snowing— que recuerda las viejas publicidades de Ginchbra Bols.

De hecho, el registro poético de Sorondo (argentino y porteño hasta la médula) parece abreviar más allá de cualquier duda la posibilidad que de la propia literatura. Y aunque podría criticarse cierta obsesión por resultar gracioso o divertido (uno de los males de la poesía actual) en detrimento de los propios climas que sabe crear, también es cierto que sus poemas

más logrados son aquellos en los que parece dedicarse a situaciones o tomas de principio aparentemente nimias, tal como sucede en “Y siempre me gustó tomar de la botella” porque “el vaso es lo mezquino, encarna las medidas: una, dos. Mucho, poco. Te lo llenas. Te miran. Te lo vacías. Te miran. Cada quien tiene el suyo. Qué miserable el vaso. Mi saliva. Tu saliva. Te lo lavo. Te lo cuido. Te lo rompo. Te lo pago. La botella es mía y es de todos”.

En esa especie de manifiesto de la toma del pico de botella —eficaz y sólo en sí mismo— podría verse también una inteligente réplica a ese lugar común contra el verso libre que se viene repitiendo hasta el hartazgo, aquello de que sin rimas ni medidas no puede haber buena poesía.

También contra ese prejuicio que suelen encarnar quienes tampoco leen poesía clásica deben luchar las nuevas voces poéticas.

Al respecto, las armas de Sorondo no son pocas: entiende que el poder de la palabra no puede residir nunca en la escansion del texto sino en la propia capacidad que tienen la palabra de abrir caminos (“Todo lo que escribís es una/ proyección: destino puro/ aunque no lo parezca”) y sabe todo lo que gana al unirte “por vocación de pérdida y derrota/ a los desangrados, alcohólicos, vacilantes,/ a los que ocultaban, de chicos, una vergüenza honda”.

Eso es tomar fuerza de flaqueza, eso es encontrar poesía en cualquier forma de derrota.

Walter D'Amico (Buenos Aires)

Editorial Sanjón Sorondo

Quilmes, 17 páginas.

El enunciado repetido, pero siempre certero, de que la poesía es una manera de vivir, se cumple a cabalidad en la obra del escritor uruguayo Saúl Ibarгойen, donde coexisten la exploración formal con su entrega a una idea de comunidad que ha mantenido con tenacidad y coherencia, según da cuenta su reciente libro *Poesía Militante. Antología Personal (1958-2014)*.

La compilación de Ibarгойen (Montevideo, 1930), fue publicada por la editorial de Santa Fe, Serapis, que salió al ruedo en 2005 y muestra ya un catálogo amplio y atrayente al rescatar títulos inhallables como *Turmulto* de José Portogallo y *Escalas Melografiadas* de César Vallejo, más los grandes autores santafecinos Juan L. Ortiz, Fernando Birri y Rosa Wernicke.



La vigencia de un libro esencial



→ VICENTE BATTISTA

Testimonio Latinoamericano se editaba en Barcelona, en los años ochenta, bajo la dirección de Hugo Chumbita, Jorge Bragulat y Alvaro Alsos. La revista reunía textos de políticos e intelectuales dando cuenta del agobio que sufrían algunas repúblicas de América Latina como consecuencia de las dictaduras cívico-militares. Los que por diferentes circunstancias, o tal vez por una sola que se manifestaba de distintas maneras, estábamos lejos de nuestros países esperábamos la aparición de Testimonio Latinoamericano. Amí particularmente me interesaban los artículos políticos de José Pablo Feinmann que previamente habían aparecido en *Humor Registrado*, aquella emblemática revista dirigida por Andrés Cascioli. De Feinmann recordaba una novela formidable: *Últimos días de la víctima*, por lo que sus notas que aparecían en Testimonio Latinoamericano confirmaban que además de autor de ficciones era un valioso pensador político. En 1984 regresé a la Argentina y aquí lo conocí personalmente. Ese tipo de encuentros a veces arrojan saldos negativos: en carne y hueso, el sujeto admirado está por debajo de lo que de él esperabas. No sucedió con José Pablo Feinmann, me topé con un intelectual capaz de abordar con éxito todas las ramas del pensamiento, desde la filosofía hasta la ficción, y todas las formas de la ficción: novelista, cuentista, dramaturgo, guionista, ha escrito dos títulos para que se entiendan lo que quiero decir: *La oscuridad de la razón*, una de las más importantes novelas que se han producido en nuestra literatura, y *Beag*, una brillante colección de cuentos. También transitó otros géneros: *El mundo* de su narrador Gerdwin, y otros formatos: su programa de radio "La creación de lo posible" y sus ciclos de TV "Cine y Contexto" y las nuevas temporadas de "Filosofía aquí y ahora". Hay una idea generalizada de que los filósofos lejos es-



FEINMANN. LA PASIÓN CON QUE ACOSTUMBRA EXPONER SUS FICCIONES TAMBIÉN LA MANIFIESTA A LA HORA DE HABLAR DE FILOSOFÍA Y, CLARO ESTÁ, CADA VEZ QUE HABLA DE POLÍTICA.

tán de ser criaturas apasionadas. La paz y armonía que denota "La escuela de Atenas", aquí incomparable fresco de Rafael que honra a una de las paredes del Vaticano, puede ser un buen ejemplo, otra prueba la encontramos en Platón, en el modo con que cuenta la muerte de Sócrates, a quien a la hora de beber la cicuta lo único que parecía preocuparle era salvar una deuda que tenía con un tal Esculapio. Feinmann pone del revés este concepto: la pasión con que acostumbra exponer sus ficciones también la manifiesta a la hora de hablar de filosofía y, claro está, cada vez que habla de política. Exclusivamente de política habla su libro *El peronismo y la primacía de la política*, publicado en 1973 y reeditado ahora, después de cuarenta y dos años de silencio.

Los textos que integran el volumen aparecieron como notas para la revista *Envido*, de la que Feinmann era un colaborador habitual; así lo explica en el prólogo a esta nueva edición: "Es el libro de un escritor joven. Es el libro de un escritor militante. Tendría, cuando empecé a prepararlo, veintiséis o veintisiete años. Era jefe de Trabajos Prácticos de Historia de la Filosofía Contemporánea en la UBA. Corría el año 1970. La tarea de ese momento, el suceso que a todos tenía inquietos, a la espera, era el regreso de Perón".

Esto, sin duda, fue el disparador para que comenzara a elaborar cada uno de los siete textos, incluyendo el apéndice, que conforman el libro. El primero, "Peronismo y el retorno a la normalidad", habla de la Batalla de Caseros que significa la derrota del orden popular rosista y del proyecto político autoritario. A partir de esa batalla se trazaría un nuevo orden político orquestado por las fuerzas liberales. En este capítulo hay pro-

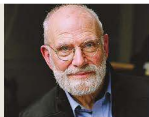
fusas citas de Perón, de John William Cooke y de nombres claves del marxismo, desde el propio Marx, Lenin y Althusser, nombres que reencuentramos a lo largo de todo el volumen. En el siguiente capítulo, "El peronismo como objeto", Feinmann alumbra ciertas confusiones en torno al concepto de "populismo" y no tiene inconveniente en polemizar y replantear algunas de las propuestas de un pensador de la categoría de Eric Hobsbawm. El capítulo tercero, "El peronismo como objeto", se centra en el concepto de *líder* y la esencial diferencia que se plasma entre los líderes del Viejo Mundo y los que surgen en Latinoamérica. El peronismo ya en el poder es tema central del capítulo cuarto, "El estado peronista, que incluye

los años de pujanza justicialista hasta el golpe de estado de 1955; este apartado cierra con una frase de esperanza: "Un 17 de noviembre de 1973, el líder de los trabajadores pisaba nuevamente el suelo de la Patria: volvía, traída por la lucha del Pueblo, la Argentina de Perón". En el capítulo cinco, "El peronismo y las Fuerzas Armadas", Feinmann señala el comportamiento de las tres fuerzas castrenses ante las distintas facetas del peronismo y en el capítulo sexto, "A propósito de la alianza de las clases", explica claramente las contradicciones internas del movimiento peronista. El apéndice, "Justicialismo y socialismo nacional", cierra con certeza este libro que mantiene una impresionante vigencia pese a haber sido publicado en 1973. En la página 157 leemos: "pese a haber llenado sus Constituciones, Códigos y tratados académicos de bellos conceptos democráticos, el liberalismo jamás ha podido ejercer la democracia en nuestra Patria. Porque la democracia es un asunto del pueblo".



Poco tiempo después de su muerte, en agosto de 2015, aparece en la Argentina la autobiografía *En movimiento* de Oliver Sacks, el famoso autor de *Despertares* o *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, pero en contar historias sobre ese territorio entonces casi inexplorado del cerebro humano, que él mismo indagó a través de sus observaciones en pacientes neurológicos. El abordaje de la ciencia que Sacks hizo a través

de la escritura se tradujo desde un principio en la posibilidad de divulgación de un área que todavía no había tomado el impulso imparable que tiene en estos días. "La vida hay que vivirla hacia adelante, pero sólo se puede comprender hacia atrás", dice la frase de Kierkegaard, que precede el texto, una ajustada síntesis del escenario general donde se ubica Sacks para traer al lector retazos de una experiencia vital.



CONTRATAPA

Luis Soto

No tenía que arriesgar el pellejo. Una niñez signada por graves problemas de salud no me permitió, siquiera, fantasear con hazañas que consagraran mi valentía física. No corras, no transpires, no peleses, amenazaba mi vieja. Tanto veda me condeñó a desear más de una oportunidad de emular a Cruz cuando sintió que debía hacerse yunta de Fierro. Este servicio era mucho más modesto. Se trataba de escuchar. Los tipos ocupaban los taburetes pegados a la barra del salón. En un lugar que rinde culto a la milonga suena ridículo llamar disc-jockey al que selecciona la música. El violero-romandaba tres o cuatro temas seguidos de las orquestas que copaban los escenarios tangueros entre 1940 y 1950: Di Sarli, Troilo, Pugliese. Como exigen los que para gozar el buen alcohol doman a la ansiedad, a uno de los tipos le iban sirviendo whisky de a media medida. Tomaba Old Parr, el de la botella panzona. El otro, con una gorrón de béisbol encajada hasta los pómulos, se conformaba con una gaseosa. Por la poca luz de ese rincón de la barra demore en descubrir los rasgos de sus caras. El del scotch aramaba tímidos esbozos de sonrisas. Su compañero se mantenía imperturbable, atento a las piernas de las mujeres que bailaban en la pista. Gracias a que alguna noche por semana me arribo al bolche, uno de los mosos aportó información: "son japoneses, gorri vino a aprender a bailar tango, si te las rebuiscas con el inglés...". Soldado con todo eudóxico, en una pasada rasante tiró un par de frases elementales. El eco fue inmedato, golpeándose el pecho Old Nippon empezó a repetir "mi, Haruki". Resultó que el tal Haruki manejaba el castellano con cierta soltura. Pregunté a qué me dedicaba, dijo que era cronista de un diario. Festeje con un amago de aplauso, él era fotógrafo. La confesión me dejó helado por su lingüística. A todo esto, el que soñaba con aproximarse a la maestría de Virulazo (tenía 38, 40 años) estaba bailando con una matrona de 65. Con notoria necesidad de franquearse Haruki contó sin preámbulos que venía escapando



Ojotas de Kyoto, ojotas de Rangún

de la barbarie más primitiva. Sólo se oían fueyes, violines, el leve deslizarse de las suelas sobre el parquet, el aleteo de una pollera. Hasta que el alud de palabras que vomitó la angustia de Haruki fue tajando ese silencio acompasado. Como correspondal de guerra le había tocado vivir una tragedia que obligó a que se sometiera a un tratamiento psicológico. Su recuperación era muy lenta, la empresa para la que trabajaba le había dado una generosa licencia. La pasión de miles de japoneses por el tango había influido para que Buenos Aires fuera escala clave en el viaje programado con su primo. La cruda realidad lo había acorralado en Myanmar, la antigua Birmania. Haruki había llegado con un compatriota y colega, Kenji Nagai. A esa altura del relato, el narrador, Luis Soto, se andariego, versión de Alfredo Gobbi. Al notar mi inevitable distracción Haruki me consultó si quería seguir hablando. Lo entre-

tuve hasta escuchar el final y acepté, entonces el propuso ir a otro lugar. Sugirió Los Angeles. Le expliqué que aunque tomáramos un taxi habíamos a llegar más de 50 años tarde. Entramos a un bar de Independencia al 1700. Después de liquidar unas empanadas picantes de carne y una cerveza Corona, Haruki sacó una notebook y fue mostrando una serie de fotos obtenidas en un pueblito de Myanmar. En una aparición dos hombres, uno acostado, la espalda apoyada en el pavimento; el segundo estaba parado a apenas un paso de distancia. Ambos calzaban ojotas. En realidad, el tipo tirado en plena calle sólo llevaba puesta una ojota. La otra se había desprendido del pie y se veía ahí cerca, ajena a la figura yacente, que vestía jeans y remerá oscura. Ambos hombres habían viajado en un barco de paja. El que permanecía parado llevaba un uniforme verde de oliva y casco militar, y empuñaba un fusil ametralladora. En posición carente de despanto, el caño del arma todavía apuntaba al vientre del caído. En las siguien-

tes secuencias fotográficas—tomadas minutos después, desde otra posición—el cuerpo no daba indicios de vida y una enorme mancha roja florecía en el centro de la remerá. Alguien se había alzado con el sombrero. Haruki contó que luego de disparar el fusil el del casco había avanzado en la dirección que tomara un grupo de fugitivos, y señaló el fondo de la calle que abarcaban las fotos. Allí lejos una decena de aldeanos harapientos corrían a toda pierna. Algunos habían sido sorprendidos por el fotógrafo cuando saltaban para no pisar cuerpos ya bañados, otro había embestido a un anciano que también huía, el paso limitado por los achagues. Para Haruki el soldado no había advertido que las ojotas eran símbolo de igualdad entre él y su víctima, pero había pisado a la víctima y pueden ser enemigos, dijo. Yorecordó un poema de Paul Eluard: "portuario de Bremen, en la trinchera de enfrente hay un portua-

rio de El Havre, tiró a matar". Kenji sí había reparado en esa coincidencia y le comentó a Haruki que además de ser un calzado pobre, precario, de su lado quitaba rapidez y seguridad a los desplazamientos, y del otro boteaba la estampa marcial del combatiente. La misión del soldado se reducía a envestecor el ojo de la cámara. "¿Yos tomaste las fotos?", pregunté. No, el autor era Kenji. A él, Haruki, le había tocado ser espectador accidental de estos episodios desde una casucha abandonada. Cuando salió pudo rescatar la cámara y el material. Kenji llegó a gritar que era periodista, no miliciano, y pretendió mostrar su credencial. Pero se expresó en japonés y el soldado únicamente manejaba el idioma birmano. Como confundí ojotas de Kyoto, las de Kenji, con ojotas de Rangún, que calzaba el soldado. "¿Yos qué hiciste?, ¿estabas armado?", pregunté. Tenía una pistola, el miedo me paralizó, dijo. Se mantuvo un rato callado, después completó la crónica ilustrada por las fotos. El soldado había disparado una rifleña al pecho y una más a la ojota, no la aún ajustada a los flacos dedos de Kenji, a la otra, esa pareja de tiritas que se hacían las muertas, convencidas de que habían logrado gambetear a las balas. Haruki no intentaba ocultar su llanto apodado. Lo acompañé hasta su hotel. Ya repostero se despidió leyéndome las reflexiones del único monje que encontré en el caserío, un Haruki desesperado por escupir una confesión que le quemaba las tripas. "Todo ciudadano, al margen de ideologías y nacionalidades, debe aprender a hablar la lengua universal de los hombres condenados a usar ojotas. Todo soldado, el que asesina en este oscuro agujero del planeta o quien custodia la salida de alumnos de una escuela primaria, tiene que estar dotado de borcuques. El calzado digno otorga autoridad para progresar y si es preciso, para morir. Yo, Haruki, he dicho un monje, enrollado en el budismo zen. Cai en el error de contar esta historia en un alto de una partida de truco. Uno de los jugadores, camionero de Zapala, sentenció: "pensar que la primera iba parda de ojotas".